

que utilizaba los temas eróticos a nivel del chiste de sobremesa y proporcionaba a una capa de burgueses incultos, pero ricos, la eventualidad de algún contacto con ese objeto llamado libro. De la misma naturaleza fueron los libros de Maurice Dekobra, los espasmos del Caballero Audaz y la restante chafalonía de las editoriales barcelonesas, arrojadas sobre América Latina para acrecentar el negocio.

Todo esta hasura no debe confundirse con el campo de la llamada para-literatura, de las literaturas marginales o populares, donde es posible encontrar diamantes sin pulir, asombrosas manifestaciones del imaginario inculto. Pitigrilli fue el exponente justo de la subliteratura y con su muerte celebramos el reconocimiento de su precariedad. En verdad hacia muchos años que ya estaba muerto y enterrado.

1. 'Toda Violeta Parra.'

Desde el 11 de setiembre estamos en Chile vivo y no hay nada que venga de esa entrañable y calcinada tierra que no remueva las más profundas napas de la emotividad, que se titula Toda Violeta Parra (Buenos Aires, Ediciones de la Flor) y que lleva un prólogo sabroso, como una comida o un vino chileno, de Alfonso Alcalde: "Violeta entera". Allí se cuenta su vida, los humildes orígenes de la cantante y folclorista, su deambular por Chile, sus profundas pasiones, su energía y su alucinación, su devoción popular y su fe política socialista, su inmensa soledad y su desesperación constante, su terrible manera de caminar al borde de los precipicios. Y se lo cuenta todo recreando el universo popular chileno, su aire y sus gentes, sus costumbres sencillas, su modo de tocar — a través de lo más concreto y humilde — un resplandor universal del arte y la belleza. Pablo Neruda se lo dijo en verso:

so:

Santa Violeta, tú te convertiste en guitarra con hojas que relucen al brillo de la luna, en ciruelo salvaje transformada, en pueblo verdadero, en paloma del campo, en alcancía.

Viendo la serie de sus fotografías (lea, plebeya, hija del pueblo, decía de sí misma), viéndola en las provincianas imágenes que atrapan los fotógrafos de feria, o construyendo "a la suerte de la aguja" sus desconcertantes tapices populares, es como si siguiéramos la historia de un pueblo más que de una mujer o de una emocionante folclorista, tal como le dijera Neruda. Y leyendo la serie de sus décimas "a lo divino" y "a lo humano", la serie de sus canciones y de sus cuecas, es difícil distinguir qué pertenece a ella en exclusiva propiedad y qué es el canto pleno de su pueblo al que ella puso oído enamorado.

El 5 de febrero de 1967 Violeta puso fin a su vida. Esta vez había descendido muy hondo en el abismo y esa cuerda musical que era ella y que sólo vibraba en la mayor tensión, no pudo resistir ya más: "Grande es mi agotamiento / mi pena y mi soledad. / Señor: ¡qué barbaridad / causarme tanto tormento! / Es tuyo el atrevimiento, / responde el cielo en su altura; / ayer quisistes aventura, / hoy te ves arrependida; / mejor quédate

dormida / para espantar tu amargura". Quien quisiera completar este libro deberá apelar al disco Las últimas composiciones de Violeta Parra (RCA, LPV 1353) que desgraciadamente no es una grabación impecable pero donde se le puede oír cantando algunos de sus momentos transitorios como "Gracias a la vida", como "Maldigo del alto cielo" o "La cueca de los poetas" que escribiera para ella su hermano Nicanor. Y también el Homenaje a Violeta Parra (Philips, 40.008) que le rindió Mercedes Sosa y donde se incluye una pieza memorable, "La carta" que fue escrita ayer y que hoy pueden cantar como del día tantos y tantos chilenos.

Un poeta que la comprendió, porque era muy semejante a ella, Pablo de Rokha, percibió que su grandeza era la del cosmos del cual emergía como una arrebatadora fuerza: "La gran placenta de la tierra la está pariendo cotidianamente como a un niño de material sangriento e irreparable y el hambre milenaria y polvorosa de todos los pueblos calibra su vocabulario y su idioma folklórico".



Por
Angel
Rama

Adios a Pitigrilli.

Al fin una pulmonía mató a Pitigrilli y no creo que las campanas estén doblando por él. Para quienes rinden culto en el altar del "bestsellerismo" y creen que la mucha venta de un libro es sinónimo de excelencia y de permanencia, habría que aconsejarles que reflexionaran sobre la muy reciente calavera de Pitigrilli. Hace

treinta años, la editorial Tor de Buenos Aires ponía millones de ejemplares de sus deleznable obras en el mercado y era celebrado no sólo por el lector vulgar sino hasta por los snobs de siempre. Hoy ha muerto en el olvido. No es sólo él sino toda una deleznable subliteratura, lo que se ha llevado la pulmonía y no se me ocurre qué podrán hacer en el otro mundo con toda esa basura. Es la subliteratura que entre ambas guerras desarrolló la burguesía neorrca con alardes de audacia y de modernidad: era entonces lo que se llamó la "novela picaresca" poner de relieve los códigos implícitos que rigen la composición literaria y que no resultan perceptibles para los lectores que están inmersos en ellos. Los significados políticos y sociales de la obra han logrado patentizarse merced a la perspectiva que ha dado el tiempo y que puso de manifiesto la concepción racista del autor, su moral victoriana, su viciosa apetencia de poder hija del incesante fracaso del mediocre Rice Burroughs, su turbio erotismo, su pregonado aristocratismo. Hay varios Tarzanes y cada uno de ellos ha aportado una nueva inflexión a la materia inicial representada por las obras del norteamericano, de quien se dijo que no era un escritor sino una empresa; a esas obras se sustituyó la serie filmica, la de las historietas, que tuvo más de un ilustrador, la de diversos símbolos manejados para actividades industriales y comerciales, pues la razón social que ha seguido administrando hasta hoy el legado "literario" de Rice Burroughs ha sabido explotar con adecuaciones sutiles a las circunstancias una misma y permanente ideología. Claro está que la repugnancia de Tarzán respecto a los negros, la asimilación que hace de ellos a los más perversos animales, es difícil que pueda sobrevivir incólume en un tiempo en que las cruces ardientes del Ku Kux Klan se están apagando sin misericordia y en que la consigna arrogante ("Black is Beautiful") ya es cosa de todos los días.

Tarzán, el hombre mito.

Los estudios de Armand Mattelart sobre la ideología de la literatura "inocente" que propagan los medios de comunicación masiva, han desencadenado una serie de fructíferas imitaciones, la más conocida de las cuales fue la aportación de Ariel Dorfman proponiendo "una lectura del Pato Donald". Dentro de la misma línea se sitúa el libro de Irene Herner de Schmelz Tarzán, el hombre mito (México, Sep-Setenta, 1974), obra que si bien reconoce la deuda que tiene con aportaciones anteriores bien divulgadas, como el libro de Lasassin, Tarzán out le Chevalier Crispé (1971) y sobre todo con el de Gabe Essoe, Tarzan of the Movies, a Pictorial History of More than Fifty Years of Edgar Rice Burroughs' Legendary Hero (1968), se sitúa más explícitamente en la línea de los análisis ideológicos, destinados a